

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El peligro revolucionario ruso

Uno de los asuntos que menos preocupan a las gentes en estos momentos, y que tiene, sin embargo, extraordinaria gravedad, a nuestro juicio, es el abandono en que dejan los aliados a los rojos dueños del Poder en Rusia. Siempre se dijo que Alemania desempeñaba en Europa el importante papel de contener a los rusos, que antes de la guerra se presentaban como autocracia invasora que amenazaba por una parte a las costas meridionales de los Balcanes, y, por tanto, el camino a las potencias occidentales al Oriente, y por otra, a la Europa central, y de aquí a todo nuestro Continente.

Con el resultado de la guerra, no sólo cayó la barrera germánica, sino que se interrumpió en gran parte el contacto de alemanes y rusos. Dejaron los últimos de constituir una autocracia pero se convirtieron en una tierra revolucionaria dominada por crueles utopistas y con inmensa fuerza de expansión por tener a su favor a todos los utopistas y revolucionarios europeos. Cuando se necesitaba la barrera de aislamiento más alta y más sólida, fué derrumbada y transportada lejos. Seguramente que los polacos y otras naciones de aquellos contornos son por su valor y prendas políticas y militares de toda clase preciosos elementos para reconstituirla; pero será cuando dichas unidades políticas tengan la consistencia necesaria, no estén como ahora recién formados, y se contrabalanceen de algún modo los inconvenientes de la posición geográfica, entre los rusos revolucionarios y los alemanes, a los que los aliados de Occidente, por quererlos castigar o por tomar las indispensables garantías contra nuevos ataques e invasiones, van reduciendo a la desesperación, que es siempre muy mala consejera.

En esta situación las cosas a nadie pueden maravillar los éxitos que han obtenido los ejércitos rojos contra las fuerzas militares que se les han opuesto y como éstas, a que se suponían

vencedoras y perfectamente capacitadas para destruir el núcleo revolucionario ruso, han desaparecido unas tras otras. Recuérdese cuando los periódicos ingleses daban la noticia de que el ejército de Yudenitch estaba en San Petersburgo o Petrogrado, y cuando las prometían igualmente felices al ejército de Koltchak, y ya no se sabe ni dónde están uno ni otro, aunque sí que han sido derrotados y casi destruidos. Ahora se afirma oficialmente que los ingleses han resuelto no apoyar al ejército de Denikin, lo que supone que éste también encontrará derrotado por los rojos.

No son éstos enemigos despreciables ni mucho menos. Han heredado en gran parte el poderío militar del antiguo imperio moscovita, y lo utilizan empleando una férrea disciplina basada en el uso y en el abuso de la pena de muerte. Los revolucionarios, que se presentan en todas partes como abolicionistas de dicha pena, en cuanto consiguen que les haga caso el Estado, la establecen ellos como nunca el Estado la utilizó, y así se imponen y obtienen una obediencia que sólo debiera prestarse a las autoridades legítimas. En Rusia, después de tanto clamar contra el autócrata, y la burocracia del autócrata, cualquier cacique de los comités de obreros y soldados da quince y raya al funcionario más cruel del régimen antiguo.

Con esta disciplina, con material de guerra heredado y con el dinero de los propietarios desposeídos por la revolución, el ejército ruso es realmente formidable. Menos sería si tuviera que batirse con las legiones de Hindenburg o con las de Inglaterra y Francia que acababan de batirse con los alemanes en la guerra europea; pero los ejércitos que se les han opuesto están muy lejos de semejante potencia. ¿Qué será si los alemanes desesperados y no queriendo trabajar para los vencedores, corren en mayor o menor número a engrosar sus filas? Asusta sólo pensarlo.

Compréndese que las potencias de Occidente, tan castigadas por la guerra como si hubieran sido vencidas, teman mucho antes de comprometerse a nuevas empre-

sas bélicas, y que vean como un abismo capaz de tragarse a todos sus hombres y todos sus recursos las hostilidades en las fronteras de Rusia. Realmente, si se anunciase hoy a los pueblos diezmados y esquilados una nueva campaña, nadie puede predecir cuál sería el resultado. Sin embargo, porque los aliados no quieran ver el terrible peligro ruso, este peligro no desaparece ni mucho menos.

Es real y es grandísimo. Avanzando apoyados por la propaganda revolucionaria y por muchos o algunos alemanes, pueden constituir dentro de poco el mayor riesgo de todo Europa. Nadie prevé hasta dónde llegarían en su carrera destructora de la riqueza, de la libertad y de la justicia. Donde quiera que dominasen entronizarían la burda dictadura de los de abajo, enloquecidos por los sofistas en su odio a los de arriba, y vendrían los fusilamientos en masa de los burgueses, sin otro delito que el de no haber nacido en la clase proletaria, y la confiscación de todos los bienes, para hacer retroceder a la especie humana muchos siglos en la carrera de la cultura y del bienestar.

Aquí vemos a hombres como don Melquiades Alvarez convertirse en abogados y panegristas de los sindicalistas, sin otro aliciente que el de disfrutar el Poder por una temporada. Esos serían aquí los auxiliares de los invasores moscovitas. Dentro de un siglo, decía Napoleón, Europa será revolucionaria o comuna. Tal se ponen las cosas, que parece podrá ser lo uno y lo otro.

La Montaña

DESCRIPCION

Negras rocas, prados de heno
De eterna sin par verdura,
Copiosa nieve en la altura,
Más allá el rayo y el trueno.

De hayas, fresnos y nogales
Las vertientes esmaltadas,
Y alondras y cogujadas
Cantando entre los maizales...

El húmedo viento azota.
Cuando del Nordeste corre,
La cruz de maciza torre,
O alguna ventana rota.

Escaso de agua en estío,
Como transparente plata,
Entre guijarros desata
Sus puras ondas el río,
Y a la tarde, azul neblina
Sobre su lecho se mace.
Que negro manto parece
De enlutada y triste ondina.

Allá a lo lejos tranquilo
Pasta el buey la hierba verde,
Y cada vez que la muerde
Sonoro vibra el esquilo;
Mientras los aires inquieta.
Por el vecino sendero,
Chirriando, el eje grosero
De la pesada carreta,
O el grito agudo, estridente
Del pastor de la vacada,
Que en la cóncava hondonada
Repite el eco doliente...

Aquí vivo con mi fe
Y mi pensamiento a solas,
Libre y lejos de las olas
Del mar en que naufragué
Y a través del aéreo tul
Que entre las brumas se pierde,
Miro abajo... ¡todo verde!
Miro arriba... ¡todo azul!

V. G.

Estudios Sociales

EL INDICE DE CAPACIDAD

Para averiguarlo, consideremos que son obreros todos aquellos que procuren para terceros; de consiguiente, dentro de nuestra acepción se comprende lo mismo al manual que al intelectual.

Dentro del desenvolvimiento del trabajo, hay para nosotros tres grupos de muy diferente estructura: «Creadores, directores, y dirigidos.»

El trabajo del «creador» no admite tasa. Representa un esfuerzo mental imprescindible para dotar a una idea de cuantos elementos auxiliares necesite para su realización. Solo se valoriza con el grado de aprecio, por el convencimiento de su bondad a terceros que representan al factor capital. El trabajo del creador nunca se compensa bien.

El creador pocas veces sirve para dirigir el desarrollo de su obra. Espíritu inquieto se cuida más de la perfección científica que es la adaptación económica y puede actuar en dicho desarrollo como fuerza retardatriz. En